

# Estado social, trabajo social y democracia participativa

## Por “un nuevo contrato social” en tiempos de globalización neoliberal

Social state, social work and participatory democracy.  
For “a new social contract” in times of neoliberal globalization

Fernando Álvarez-Uría Rico<sup>1</sup>

### Resumen

Desde la llamada “crisis del petróleo” asistimos a una gran transformación económica, social y política en la que el capitalismo industrial ha sido tendencialmente sustituido por el capitalismo financiero. ¿Cómo afecta el nuevo orden global neoliberal a la teoría y a la práctica del trabajo social? Para avanzar una respuesta se ha optado por analizar la dinámica de cambio recurriendo a la historia social y política del trabajo social en los países occidentales, especialmente en Inglaterra y los EE. UU. En esta breve genealogía, a partir de los *social settlement movements*, y de la inscripción del trabajo social profesional en el estado social, se ha pretendido proyectar luz para un diagnóstico del presente y avanzar algunas propuestas alternativas.

**Palabras clave:** *Social settlements*, estado social, neoliberalismo, protecciones sociales, Europa social.

Para citar el artículo: ÁLVAREZ-URÍA RICO, Fernando. Estado social, trabajo social y democracia. *Revista de Treball Social*. Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya, abril 2018, n. 212, p. 11-30. ISSN 0212-7210.

<sup>1</sup> Doctor en Sociología por la Universidad de París VIII - Vincennes. Catedrático de Sociología. Departamento de Sociología IV. Universidad Complutense de Madrid. furia@cps.ucm.es

### Abstract

Since the so-called “oil crisis” we witness a great economic, social and political transformation in which industrial capitalism has been tendentially replaced by financial capitalism. How does the new neoliberal global order affect the theory and practice of social work? In order to advance a response, it has been decided to analyze the dynamics of change by looking at the social and political history of social work in Western countries, especially in England and the USA. In this brief genealogy, from the social settlement movements and the registration of professional social work in the social state, it has been intended to project light for a diagnosis of the present and to advance some alternative proposals.

**Key words:** Social settlements, social state, neoliberalism, social protections, social Europe.

### Introducción

Tres esferas, estrechamente interconectadas entre sí, conforman en los países occidentales el grueso del espacio público: la sociedad civil, el Estado, y el mercado. Cada uno de estos ámbitos sociales, fruto de cambios acontecidos en la historia, es un espacio inestable en el que pugnan poderes y resistencias. En el Estado se concentran los poderes políticos y militares, y entre ellos, como destacaba Max Weber, *el monopolio de la violencia física*, mientras que en el mundo económico proliferan las relaciones de producción y consumo, las relaciones laborales y mercantiles; en fin, en la sociedad civil se jerarquizan, como en un mosaico, distintos y desiguales poderes sociales, desde los poderes mediáticos y las iglesias, hasta las cooperativas, las redes de vecindad y los círculos sociales en los que compartimos profesiones y tiempos de ocio. Los individuos no somos ajenos a los poderes que se ejercen en estas tres esferas del espacio público. Aún más, vivimos y adquirimos identidad propia en el interior de esas relaciones de poder, pues nos integramos en el seno del Estado, en tanto que ciudadanos; formamos parte del mercado fundamentalmente a través de nuestra profesión, es decir, a través de la relación que mantenemos con el trabajo, una actividad que nos proporciona autonomía económica; en fin, nos integramos en la sociedad civil por medio de redes familiares, amistades, grupos de opinión, círculos sociales en los que nos socializamos. Los capitales adquiridos a lo largo de nuestra formación, a través de la trayectoria personal de cada uno, especialmente el *capital económico*, el *capital cultural* y el *capital social o relacional*, nos

proporcionan una cambiante posición social en el seno de la estratificación social (BOURDIEU, 1988). Querámoslo o no, somos sujetos políticos, económicos, sociales, de modo que nuestro yo más íntimo, nuestra identidad personal, está atravesada por las instituciones instituidas en las sociedades en las que nacimos y vivimos.

En el mundo occidental convivimos en *sociedades de los individuos*, es decir, en un tipo de sociedad marcada por los procesos de individualización que se vienen desarrollando con especial intensidad desde el siglo XIX, una sociedad conformada por el *proceso de la civilización* (ELIAS, 1990, 1987). Vivimos a la vez en sociedades herederas de la Revolución Francesa, sociedades caracterizadas por un mandato constitucional democrático, es decir, por los imperativos de libertad, igualdad, y fraternidad. Y sin embargo, pese al imperativo constitucional democrático, nuestras sociedades se caracterizan cada vez más por el crecimiento de las desigualdades, por enormes diferencias sociales, por la bipolarización entre ricos y pobres.

Desde finales del siglo XIX hasta la actualidad la principal función del trabajo social en nuestras sociedades ha sido promover la protección social de los más desasistidos y sometidos, es decir, luchar por la integración y el bienestar de los sujetos más frágiles. Emigrantes, refugiados, parados, niños abandonados, prostitutas, madres solteras sin hogar, personas que viven en la dependencia o golpeadas por las enfermedades, ancianos sin recursos, grupos segregados o discriminados en función de su sexo, el color de su piel o las creencias religiosas, grupos, en fin, que conforman colectivos representativos de toda una serie de *problemas sociales*. Sin embargo, tras esas poblaciones en apariencia perfectamente delimitadas, y de las que los trabajadores sociales, y especialmente las trabajadoras sociales, se han ocupado con generosidad a lo largo de los últimos ciento cincuenta años, se oculta una sociedad de clases sociales en pugna, una división que fractura la cohesión social y contradice los mandatos constitucionales en sociedades que aspiran a ser democráticas. La *cuestión social* es precisamente el peligro de que la sociedad se escinda de forma irreparable, el riesgo de que una sociedad fracturada se institucionalice, y con ella la renuncia a una sociedad de semejantes.

En los años setenta del siglo XX, en el marco del Estado social keynesiano, Michel Foucault caracterizó a las sociedades occidentales de la época como sociedades gobernadas por poderes disciplinarios, sociedades en las que se había producido un proceso de *gubernamentalización del Estado*. El Estado social europeo no es ajeno a la confluencia, avalada por el Estado, de toda una serie de poderes capilares, redes que el propio Foucault caracterizó como *una microfísica del poder*. Frente a toda una amplia trama de poderes repartidos por todo el

Desde finales del siglo XIX la principal función del trabajo social ha sido promover la protección social de los más desasistidos y sometidos, luchar por la integración y el bienestar de los sujetos más frágiles

cuerpo social Michel Foucault concedía una gran importancia a las resistencias, y ello no solo porque éticamente es necesario resistir a un sistema de producción que, movido por el afán de lucro, gira en torno al imperio del dinero, sino también porque solo si transformamos los espacios de poder y de normalización podemos desasirnos de unas identidades que nos han sido impuestas (FOUCAULT, 1991).

Desde finales de los años setenta del siglo XX se ha operado a escala planetaria una gran transformación, un cambio social de grandes proporciones que sume a los científicos sociales en la perplejidad. La perplejidad surge cuando nuestras viejas categorías forjadas para pensar los problemas del pasado ya no nos permiten objetivar la nueva realidad social que se presenta ante nuestros ojos. En términos generales se podría decir que nos encontramos en el tránsito de sociedades articuladas en torno a los Estados-nación a sociedades globalizadas, mundializadas. Pasamos de una sociedad industrial a una sociedad postindustrial que ha sufrido una revolución tecnológica. El viejo capitalismo industrial, con sus industrias de chimenea, tiende tendencialmente a verse reemplazado por un capitalismo financiero en el que se despliegan las nuevas tecnologías. ¿Qué papel debería desempeñar el trabajo social en este nuevo escenario sociopolítico? Me parece que para responder a esta cuestión es preciso pensar históricamente, es decir, es preciso objetivar cómo ha cambiado el modo de ejercicio del trabajo social desde su génesis en Occidente hasta la actualidad. Por razones de espacio me voy a referir a tres momentos clave. El primero coincide históricamente con su génesis, a finales del siglo XIX y comienzos del XX, cuando surgió un trabajo social vinculado estrechamente a la sociedad civil. El segundo momento se produjo con la institucionalización del trabajo social en el marco del Estado social keynesiano. En fin, por último, trataré de objetivar algunas tendencias de la difusa actualidad, cuando un mercado globalizado pone en peligro la arquitectura del Estado social que, pese a sus imperfecciones y limitaciones, con tantos esfuerzos y luchas se logró construir. Para esta breve genealogía de los marcos histórico-sociales del trabajo social en los países occidentales, me centraré especialmente en Inglaterra y los Estados Unidos.

### *Social Settlements*

Los historiadores del trabajo social suelen considerar Toynbee Hall, la institución fundada en Londres en 1884, como el modelo de los *social settlements*, los centros comunitarios de vecindad. El centro acogía a voluntarios, en su mayor parte a estudiantes universitarios de Oxford y Cambridge, que colaboraban con los trabajadores sociales. De hecho Jane Addams, y su compañera Elen Gates Starr, visitaron Toynbee Hall en

1888, antes de fundar en Chicago al año siguiente, y a partir de este modelo, Hull House, una de las principales experiencias de un centro social que tuvo una enorme influencia en las políticas sociales norteamericanas.

Se suele afirmar que el fundador de Toynbee Hall fue el vicario de la parroquia de San Judas en Londres, Samuel Barnett. Se olvida con frecuencia el importante papel que en esta fundación jugó Henrietta Octavia Weston Barnett (el apellido de soltera era Rowland) con quien el vicario anglicano se había casado en 1873, y de aquí que se ignore el papel que desempeñó esta pionera del trabajo social en la formación del denominado *settlement movement*.

Henrietta Barnett, a la muerte de su padre en 1869, heredó medio millón de libras y se desplazó a Londres. En una de las reuniones filantrópicas organizadas por Octavia Hill conoció al clérigo Canon Samuel Barnett. Los dos, para luchar contra la pobreza, fundaron Toynbee Hall en el barrio deprimido de Whitechapel. En este asentamiento social se abrió una escuela primaria para los niños pobres, una escuela de adultos, una biblioteca, se organizaron reuniones y conferencias, conciertos, exposiciones de flores, excursiones al campo y también se abrió una galería de arte, la Whitechapel Art Gallery. Henrietta fue especialmente sensible al trabajo social con niños abandonados, madres solteras y prostitutas. En 1873 había creado un espacio de sociabilidad denominado Mather's Meetings con el fin de promover redes de mujeres que facilitasen la mejora de sus condiciones de vida. De hecho Toynbee Hall facilitó la incorporación al servicio doméstico de muchas mujeres jóvenes sin trabajo que eran objeto de la explotación sexual.<sup>2</sup>

Los Barnett publicaron numerosos libros, y entre ellos uno titulado *Por un socialismo práctico. Ensayos de reforma social*. El socialismo pacífico que preconizaban, inspirado en el socialismo utópico, y a la vez en la filantropía cristiana, sería el resultado del esfuerzo personal de los pobres, de la mejora de su autoestima con la ayuda de los trabajadores sociales y con la solidaridad de los ciudadanos, así como con el apoyo de las corporaciones municipales y del Estado para cubrir sus necesidades básicas. En esas necesidades básicas se incluían tanto las bases materiales como las éticas y estéticas que servían de guía para la acción social. De hecho Henrietta Barnett y la norteamericana compañera de Jane Addams, la trabajadora

<sup>2</sup> Henrietta Octavia Weston Rowland, antes de conocer a Samuel Barnett, trabajó con Octavia Hill, la fundadora en Inglaterra de la Charity Organization Society (COS). Octavia Hill era hija de James Hill, un comerciante de cereales seguidor del socialista Robert Owen, y fue la principal inspiradora de los asentamientos sociales entendidos como formas de organización tendentes a la convivencia pacífica entre ricos y pobres en un ambiente comunitario (WATKINS, 2005). Sobre la ética imperante en Toynbee Hall y sus vínculos con el sindicalismo y el cooperativismo es interesante el libro de Meachan (1987) titulado *Toynbee Hall and Social Reform 1880-1914*.

social Elen Gates Starr, se interesaron por el movimiento artístico Arts and Crafts, en el que participaron William Morris, John Ruskin y otros, pues aborrecían la seriación mecánica de mercancías generada por el capitalismo industrial. La alternativa, a su juicio, pasaba por producir objetos bellos, artesanos, artísticos, en un mundo también guiado por la búsqueda del equilibrio y la belleza. A partir de la creación en 1887 de la Arts and Crafts Exhibition Society en Londres se expandió este movimiento, a la vez artístico y ecológico, en la línea del cooperativismo, que alcanzó su apogeo entre los años 1880 y 1920, es decir, coincidiendo con la gran expansión de los *social settlements*.

Cuando se creó Toynbee Hall los censos oficiales de Londres estimaban la existencia de 8.600 prostitutas en la ciudad. Según las estadísticas policiales en Whitechapel había 62 prostíbulos y unas 1.200 prostitutas. Whitechapel era por lo tanto el lugar de Londres con mayor presencia de prostitutas. Al igual que Helen Bosanquet, creadora de la Escuela de Sociología de la COS, y que otras trabajadoras sociales, Henrietta estaba convencida que el potencial para el desarrollo personal pasaba por la ciudadanía activa de los indigentes.

En 1888, más concretamente entre el 31 de agosto y el 9 de septiembre de ese mismo año, cinco prostitutas fueron salvajemente asesinadas y mutiladas en Whitechapel. Se llamaban Mary Ann Nichols, Annie Chapman, Elizabeth Stride, Catherine Eddowe y Mary Jane Kelly. El brutal asesino, conocido popularmente como Jack the Ripper, Jack el Destripador, retaba a la policía y a la prensa a que adivinasen su identidad, una identidad sobre la que aún se sigue especulando. Judith R. Walkowitz, en un libro fascinante, *La ciudad de las pasiones terribles*, defiende que el miedo “al monstruo que recorre las calles en busca de mujeres caídas” levantó un muro de contención contra el gran empuje que entonces se produjo a favor de la emancipación de las mujeres. En torno a Whitechapel las mujeres, que Walkowitz denomina “las activistas de la caridad”, constituyeron la punta de lanza de la presencia de la denominada “nueva mujer” en los bajos fondos de la ciudad, espacios hasta entonces acotados exclusivamente para los varones. “Poco a poco”, escribe, “las mujeres dedicadas a la filantropía se establecieron como personas que veían más allá que los hombres, porque veían el lado doméstico de la pobreza. [...] Debido a su peculiar situación social, las mujeres de la burguesía obtuvieron también nuevos significados sociales, nuevas «verdades» de sus exploraciones urbanas. A diferencia de los investigadores masculinos, cuyos relatos, en palabras de una voluntaria victoriana, daban «la impresión del extraño que hace visitas oficiales durante las horas de oficina», estas mujeres pasaban muchas horas con las mujeres y los niños, sus principales fuentes de información, escuchando sus relatos” (WALKOWITZ, 1995: 120-121).

Judith Walkowitz es crítica con los Barnett, especialmente con el vicario, pues, a su juicio, “excluyó a las mujeres de su centro porque temía que se hicieran con el mando del movimiento”, a la vez que promovía la formación de una clase de elite de varones formada por burócratas ilustrados (WALKOWITZ, 1995: 127). La alarma social generada por los crímenes del *destripador* produjo un retraimiento de las mujeres del espacio público, a la vez que se intensificó la separación entre las mujeres burguesas y las de las clases populares. La condición de “esposa y madre” adquirió un valor añadido, como marca de respetabilidad, a la vez que la vulnerabilidad de las mujeres, identificadas exclusivamente como “víctimas que necesitan protección”, se extendió más allá de Whitechapel a lo largo del espacio urbano. Una importante y sesgada campaña de moralización, apoyada por los medios de comunicación, puso freno al movimiento emancipador de la dominación de clase y de la dominación masculina.

Como ya se ha señalado cuando Jane Addams y Ellen Gates Starr regresaron a Chicago de su viaje por Europa se inspiraron en Toynbee Hall para la fundación de Hull House. Se trataba de poner en marcha una institución de encuentro entre sujetos de distintas nacionalidades, razas, clases, edades y sexos para convertirla en un laboratorio social que serviría de palanca para el desarrollo de una “democracia radical”. Mary Jo Deegan, que analizó sociológicamente la formación y el desarrollo de este proyecto de experimentación social, señala que la expresión “democracia radical” significaba para Jane Addams y su equipo que a partir de unos principios democráticos, llevados hasta sus últimas consecuencias, se podría desarrollar una completa igualdad social, económica y política. Todo el mundo tenía derecho a participar en la gestión del espacio público, a intervenir en la toma de decisiones sobre asuntos que afectaban directamente a sus vidas y al modelo de sociedad. Hull House debía ser un espacio abierto en medio de la sociedad que proporcionase a las gentes la capacidad de convivir juntos, y a la vez debía ser “un centro para desarrollar análisis empíricos, estudios y debates” (DEEGAN, 1990: 39).

Unos años después, en 1892, las *Sociedades por una cultura ética* organizaron una escuela de verano en Plymouth, Massachusetts, a la que fueron invitados numerosos representantes del *new settlement movement*. El líder del grupo era Robert A. Woods, quien, también tras visitar Toynbee Hall, fundó en Boston otro asentamiento social, Andover House. En la época de la escuela de verano en Plymouth el activista Robert A. Woods acababa de publicar precisamente un libro titulado *English Social Movements* en donde se refería a los asentamientos sociales ingleses. En ese encuentro participaron también Vida Dutton Scudder, Helena Dudley, Julia C. Lathrop y la propia Jane Addams, que intervino para presentar su modo de enten-

Se trataba de poner en marcha una institución de encuentro entre sujetos de distintas nacionalidades, razas, clases, edades y sexos para convertirla en un laboratorio social que serviría de palanca para el desarrollo de una “democracia radical”



der los centros sociales de vecindad. Años después, en 1910, en su libro *Twenty Years at Hull-House*, Jane Addams recogió en el capítulo VI esta intervención titulada “El valor subjetivo de un centro social”. En este texto defendió que los centros sociales creados en y para la comunidad constituían una vía válida de aproximación a la cuestión social. Frente a los que se agotan en teorizar sin cesar, y frente a quienes dilapidan sus esfuerzos en una práctica ciega, los centros de vecindad, incardinados en los ayuntamientos y en las comarcas, aúnan a la vez la teoría y la práctica, son espacios de encuentro, de participación, de decisión. El presupuesto básico que los sustenta es que todos, hombres y mujeres, estamos unidos por una misma humanidad compartida. Podemos y debemos por tanto ayudarnos los unos a los otros, y los *settlements* deben ser espacios de encuentro, de comunicación, de ayuda mutua. La necesidad subjetiva de abrir un centro social, como Hull House, estaba movida por factores tales como “el deseo de interpretar la democracia en términos sociales”, el impulso de encontrar la fuente de nuestras vidas, y de contribuir al progreso humano, en fin, el movimiento cristiano hacia el humanitarismo. “Las casas sociales de vecindad son”, escribe, “un esfuerzo experimental para ayudar a la solución de los problemas sociales e industriales generados por las modernas condiciones de vida en la gran ciudad” (ADDAMS, 1998: 79-87).

Según las estadísticas oficiales, entre 1890 y 1910 entraron en los Estados Unidos más de 12 millones de emigrantes europeos. En 1913 había 413 *settlements* en 32 estados. De hecho en 1911 se creó el National Foundation of Settlements and Neighborhood Centers y en 1922, casi coincidiendo con la creación de la Asociación Americana de Trabajadores Sociales, el movimiento se expandió con la creación de la International Federation of Settlements. En el trasfondo de esta enorme movilización sociopolítica latía el sueño en una verdadera democracia social a la que debían concurrir los esfuerzos de todos. Era preciso hacer de la sociedad civil una verdadera comunidad armónica, fraternal, de ciudadanos libres e iguales. Para desarrollar este “experimento social” las mujeres de Chicago comprometidas con el análisis y la intervención social, encabezadas por Jane Addams, fueron las primeras en acudir a la cita.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> En los *settlements* concurrían toda una serie de corrientes ideológicas que iban desde el socialismo libertario, al feminismo, la caridad, la filantropía, y la sociología científica (ÁLVAREZ-URÍA RICO y PARRA CONTRERAS, 2014).



## El Estado social contra los cinco malvados gigantes

¿Cómo se pasó de la filantropía y la caridad al trabajo social secularizado? Todo parece indicar que los *social settlements*, al incardinar al colectivo de trabajadores sociales en la comunidad, suscitaron a la vez la cuestión de la lucha contra la desorganización urbana y la cuestión de la precariedad laboral y el paro como problemas estructurales. Para abordar tanto *la cuestión urbana* como *la cuestión social* los trabajadores sociales contaban con datos primarios obtenidos a partir de su propia práctica solidaria, pero a la vez, muy pronto, establecieron una alianza con activistas políticos, sindicalistas, sociólogos, periodistas radicales, urbanistas... Se trataba de recoger datos objetivos, diagnosticar los males y participar en la búsqueda de soluciones. Jane Addams, por ejemplo, tuvo una muy estrecha relación con los sociólogos del departamento de sociología de la Universidad de Chicago. Por su parte, en Londres, Beatrice Webb, que se inició en el trabajo social en la COS, en la década de los ochenta, empezó a trabajar en el equipo de investigadores de Charles Booth sobre *La vida y el trabajo de la gente en Londres*. De hecho uno de los primeros artículos de Beatrice Webb hacía visibles las duras condiciones de trabajo existentes en los muelles de Londres. En 1897 Beatrice y su compañero Sidney Webb publicaron *La democracia industrial*, un libro basado en entrevistas y en la observación participante (WEBB y WEBB, 2004). Ambos fundaron la London School of Economics, desde donde promovieron el desarrollo de las ciencias sociales así como la formación de los trabajadores sociales. Sin embargo el verdadero paso de gigante en el que se inscribe la completa profesionalización y secularización del trabajo social se produjo en el interior del Estado social.

Los *social settlements* trataban de contribuir, de forma voluntaria, a satisfacer las necesidades vitales de las poblaciones más pobres, mientras que el Estado social estaba obligado a desarrollar medidas protectoras en nombre de un derecho universal de ciudadanía. ¿Cómo se pasó del *reconocimiento de las necesidades* al *reconocimiento de los derechos*? Todo parece indicar que el compromiso de mujeres sindicalistas, socialistas y trabajadoras sociales fue decisivo para la sustitución de la caridad por la justicia y, por tanto, para la creación de las protecciones sociales en el interior del nuevo Estado social. En el paso de la sociedad civil a la protección social por el Estado social la larga lucha de las mujeres por el derecho al voto parece haber sido un eslabón clave, estratégico, pues, para confiar en el Estado, y participar en la acción social del Estado, era preciso en buena lógica que las trabajadoras sociales dejaran de sentirse discriminadas y expulsadas por el Estado del campo político. El sufragio femenino lo conquistaron las mujeres norteamericanas en 1920, y las inglesas en 1928. La entrada de las mujeres en el juego político no solo transformó las viejas

reglas del juego, sino también su compromiso con los cuidados y con la protección social.<sup>4</sup>

El cambio de rumbo de la centralidad de la sociedad civil a la centralidad del Estado queda bien reflejado en la conferencia que impartió el economista de Cambridge John Maynard Keynes en Oxford en 1924, una conferencia que sirvió de base al conocido ensayo titulado *El final del laissez-faire*. En esta intervención Keynes abogaba ya en favor de que “una institución central” se hiciese cargo del “control deliberado de la moneda y del crédito”. A su juicio se estaba produciendo entonces en las sociedades industriales el paso de un capitalismo de pequeñas empresas familiares a un capitalismo *socializado* caracterizado por las grandes empresas de servicios públicos, junto con el surgimiento de grandes corporaciones privadas.

El 10 de junio de 1930 J. M. Keynes impartió una conferencia en la Residencia de Estudiantes de Madrid titulada “Posible situación económica de nuestros nietos”. Robert Skidelsky, buen conocedor de la obra del economista de Cambridge, considera que esta conferencia es un buen exponente de la filosofía social de base del keynesianismo. En ella Keynes se distanciaba tanto de los revolucionarios (“que todo lo ven mal y para quienes el único remedio es un cambio violento”), como de los reaccionarios (“que consideran que todo experimento innovador es arriesgado”), y estaba convencido de que el futuro abriría la vía a una sociedad en la que se habrá resuelto “el problema económico” y en la que, al fin, los seres humanos podrán gozar de libertad y de tiempo libre para dedicarse a cultivar “el arte de vivir”. El problema económico desaparecerá como “problema permanente de la raza humana” y el tiempo de trabajo se acortará extraordinariamente. La sociedad se pacificará y desaparecerá la violencia. “Pero además de ello”, señala Keynes, “procuraremos repartir las pocas tareas que quedan, lo más equitativamente posible, para que a ninguno llegue a faltarle el pan nuestro del trabajo diario” (KEYNES, 1932: 15-17).

La Gran Depresión de 1929 había situado una vez más en el centro del debate político la cuestión del trabajo. En 1933 el paro golpeaba en los EE. UU. a más de 13 millones de trabajadores de ambos sexos. La publicación de John Maynard Keynes en febrero de 1936 de la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* proporcionaba un papel central al Estado y a la

---

<sup>4</sup> Abram de Swaan, que realizó una historia del Estado social en la que subraya el paso “de la caridad a la conciencia social”, sostiene que “el desarrollo de un sistema público de seguridad social ha constituido una innovación administrativa y política de primer orden, comparable en importancia a la introducción de la democracia representativa, y muy subestimada como uno de los logros de la técnica administrativa” (DE SWAAN, 1992: 176). Por mi parte he defendido la tesis de que la entrada de las mujeres en el campo político transformó en profundidad la vieja cultura política (ÁLVAREZ-URÍA, 2013).

fiscalidad para combatir el desempleo. En este nuevo escenario de crisis económica y social era preciso avanzar hacia un sistema productivo controlado, era preciso en suma disciplinar al mercado. La *Teoría general* abría la vía a una *economía social* que era a la vez una alternativa al liberalismo económico, pero también al fascismo y al estalinismo soviético. En el interior de la búsqueda de una sociedad justa la acción de los trabajadores sociales resultaba esencial.

En 1938 el sociólogo Karl Mannheim, tras ser expulsado de su cátedra de Frankfurt por los nazis, fue invitado a impartir en el Manchester College de la Universidad de Oxford una serie de cuatro conferencias en las que afirmó que la gran tarea de la sociología es la de abordar el problema de la planificación y reflexionar sobre “los medios para guiar ese proceso hacia su óptimo”. En las conferencias el sociólogo húngaro trataba de presentar una alternativa a los totalitarismos que pasaba por la planificación desde el Estado democrático. La alternativa frente al liberalismo y frente a los totalitarismos de derechas y de izquierdas pasaba por tanto por un reformismo radical, es decir, por la planificación en y para la libertad.<sup>5</sup> Para dar ese impulso los reformadores sociales tuvieron que hacer frente en el terreno de las ideas a enemigos interiores como los nuevos liberales, entre ellos personajes tan influyentes como Lippmann, Mises, Hayek y Karl Popper. Sin embargo Keynes y Mannheim no estaban solos, contaban con fuertes apoyos, como los lúcidos trabajos de Karl Polanyi, y también con el compromiso de las trabajadoras sociales más comprometidas.

Frances Perkins, la inteligente trabajadora social que fue residente en Hull House, y que participó activamente en centros comunitarios, fue también una estrecha colaboradora política en el gabinete gubernamental de Franklin D. Roosevelt, el presidente que promovió el New Deal.<sup>6</sup> En unas animadas memorias nos relata cómo, tras el crac del 29, se puso en marcha la protección social para los parados y los ancianos desprotegidos. Tanto Roosevelt como Perkins soñaban con un seguro nacional para todos, que iría “desde la cuna hasta la tumba”, y que cubriría los grandes riesgos sociales, entre ellos el seguro de enfermedad, pero encontraron resistencias, entre ellas las del Tesoro, y tuvieron que contentarse con una segu-

<sup>5</sup> “El error del liberal fue hacerse demasiado introvertido, no advertir la importancia del ambiente y, por el contrario, atribuir todas las fuerzas creadoras al sujeto [...]. Pero si el liberal tendía a ser ciego para el ambiente los socialistas y los fascistas tienden a serlo para el sujeto” (MANNHEIM, 1963: 275-337).

<sup>6</sup> Frances Perkins contó, entre otros, con el apoyo de Eleanor Roosevelt, prima y esposa del presidente. Eleanor se reunía con otras mujeres feministas en la Junior League for the Promotion of Settlement Movements. Colaboró en Nueva York en el Rivington Street Settlement House, y durante el New Deal contó con el apoyo político de Rose Schneiderman, Maud Swartz y otras activistas sociales y políticas vinculadas a los sindicatos y al trabajo social.

ridad social federal mucho más limitada que la soñada. Fue el trabajador social Harry Hopkins quien propuso que la beneficencia y el seguro social fuesen juntos. Defendió que el objetivo no era tanto cubrir necesidades cuanto hacer efectivos los derechos de los ciudadanos. La Ley de la Seguridad Social (Social Security Act), se aprobó en agosto de 1935 con el voto de demócratas y de buena parte de los republicanos, pues solo unos pocos diputados votaron en contra. Perkins señala que Beveridge también estuvo en 1934 en EE. UU. y se entrevistó con el presidente Roosevelt, pero no sabemos cuál fue su influencia en la nueva ley (PERKINS, 1946: 278-301). Beveridge provenía de una tradición social cristiana, pues entre 1903 y 1905 fue subdirector de Toynbee Hall. La participación de Beveridge en el desarrollo de políticas sociales le permitió trabar amistad con los Webb, lo que explica su actitud reformista y su constante preocupación por los estrechos vínculos existentes entre las condiciones de trabajo y la pobreza.

En 1942, en plena guerra contra el nazismo y el fascismo, se hizo público en Inglaterra, el Informe Beveridge. Luchar contra la pobreza, las enfermedades, el analfabetismo, las viviendas insalubres y el desempleo, equivalía enfrentarse a los “cinco gigantes del mal” (Want, Disease, Ignorance, Squalor e Idleness), que generan sufrimientos y minan las bases mismas de la democracia. Para luchar por la igualdad no era suficiente el crecimiento económico, era preciso también redistribuir bienes y servicios, es decir, adoptar decisiones que afectan a “la estructura económica” y al estatuto de la propiedad en las sociedades capitalistas, es decir, poner límites a la lógica misma de la sociedad de mercado. En este sentido se puede afirmar que el Informe Beveridge apostó claramente por subordinar el mercado a los intereses de la sociedad. La posibilidad de acabar con la pobreza, tanto a escala nacional como internacional, apareció entonces como un objetivo realizable en un próximo futuro en paz (BEVERIDGE, 1989). En el interior de esta enorme ofensiva societaria las trabajadoras sociales y los socialistas se sintieron más motivados que los conservadores a la hora de comprometerse en el desarrollo del nuevo plan, un plan que fue clave para la formación y el desarrollo del Estado social.

Contra todo pronóstico el Partido Laborista, liderado por Clement Attlee, ganó las primeras elecciones generales que tuvieron lugar en Inglaterra tras la guerra, en 1945. El gran derrotado fue el partido conservador de Winston Churchill. Durante la campaña electoral el Partido Laborista hizo suyo el Informe Beveridge y lo convirtió en la base de su programa, mientras que los conservadores exhibían en los actos electorales el *Camino de servidumbre* de Friedrich Hayek, que se había publicado el año anterior. Nacía así, frente a la fe neoliberal en la centralidad del mercado, *el espíritu del 45* que el cineasta Ken Loach reflejó brillantemente en la película que lleva ese mismo

título. Inglaterra iba a servir de modelo a toda Europa, de modo que el desarrollo económico, y el desarrollo de los derechos sociales, se convertían en los dos vectores sincronizados de las políticas socialdemócratas.

## Protecciones sociales para hacer frente a la globalización neoliberal

A finales de los años setenta el compromiso social progresista empezó a cuartearse, pues los gobiernos neoconservadores de Ronald Reagan y de la Dama de Hierro asumieron las presiones para retornar a la centralidad del mercado. En noviembre de 1989 se derrumbó el muro de Berlín, y en diciembre de 1991 desaparecía la Unión Soviética. La canción neoliberal de Friedrich Hayek, que sonó antes en Inglaterra y en EE. UU. que en el resto de los países, fue cantada a coro por los grandes poderes financieros del mundo, y a sus voces se sumaron algunos departamentos universitarios de economía, especialmente los de las grandes universidades norteamericanas, así como algunos sociólogos como Nathan Glazer, George F. Gilder y Charles Murray (ÁLVAREZ-URÍA, 1998). Fue entonces cuando organismos internacionales surgidos de la derrota de los fascismos para propiciar la solidaridad entre naciones y pueblos, como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, y la Organización Mundial de Comercio, pasaron a mutarse en los mejores aliados del capital. El despliegue mediático tiene un poder limitado si no cuenta con el apoyo de los poderes fácticos, pero cuando gobernantes sin escrúpulos emprendieron el proceso de privatización de bienes de propiedad social, y favorecieron con sus políticas la desregulación del empleo, fue muy importante que revistas económicas y departamentos universitarios, con Harvard a la cabeza, asegurasen con su prestigio que al fin se entraba en el camino de “la ortodoxia económica”. A la sombra de las propuestas neoliberales resurgió la utopía negativa de una “economía pura”, es decir, una economía auto-regulada por el mercado que avanza a tumba abierta sin contar en su marcha con el freno de la sociedad civil ni del Estado.<sup>7</sup> Sirva tan solo un ejemplo del cambio social. Tras la burbuja financiera que desencadenó el crac del 29, el presidente Franklin D. Roosevelt aprobó el 16 de junio de 1933 la Ley Glass-Steagall, que obligaba a gestionar de forma claramente diferenciada los bancos de

---

<sup>7</sup> El Coloquio Lippmann en París, organizado en agosto de 1938 por el periodista norteamericano Walter Lippmann y por el economista francés Louis Rougier, sirvió para avanzar las bases del proyecto neoliberal. Se podría resumir el cambio de rumbo como una sustitución de la economía keynesiana por las propuestas neoliberales de Hayek (WAPSHOTT, 2013). Conviene recordar que en 1945 Karl Polanyi publicó su sólido e imponente libro contra la sociedad de mercado (POLANYI, 2016).

En nuestro tiempo la pujanza de los intereses privados y el desarrollo de los mercados especulativos libres de trabas señalan un declive de las sociedades democráticas planificadas y el auge de la denominada mundialización

depósito de las agencias de inversión. Como el propio presidente Roosevelt señaló “prefiero rescatar a los que producen alimentos que a los que producen miseria”. Pues bien, esa ley que protegía a los ahorradores fue al fin derogada –tras sucesivas arremetidas de los poderes financieros contra ella– y sustituida en 1999 por la Ley Gramm-Leach-Bliley, de modo que los bancos de depósito entraron en el juego de los fondos de alto riesgo, compraron y vendieron bonos basura, y prodigaron sin tino ni tasa las *hipotecas subprime* –responsables en España de la burbuja inmobiliaria–, es decir, se adueñó de la esfera económica todo un entramado fraudulento de valores y operaciones de ingeniería financiera, hasta que se desencadenó la crisis del 2008.

En nuestro tiempo la pujanza de los intereses privados y el desarrollo de los mercados especulativos libres de trabas señalan un declive de las sociedades democráticas planificadas y el auge de la denominada mundialización. El espíritu de nuestra época dista de valorar las instituciones públicas de propiedad social que en los países industriales están siendo desestabilizadas, cuando no desmanteladas. La planificación económica por los Estados democráticos ha cedido terreno ante las coacciones de las multinacionales y los grandes poderes financieros a los gobiernos. Estos, obsesionados con abaratar el empleo, bajar los impuestos a los muy ricos, reducir el gasto público, eliminar los derechos reales en la transmisión de las grandes fortunas, y maximizar las comisiones de los banqueros, han procedido a transferir al mercado bienes que antes eran de todos recurriendo a las socorridas privatizaciones de empresas públicas y de otros bienes de propiedad social. Las privatizaciones producen un efecto de deslegitimación del poder del Estado y de sus políticas democráticas, pero además vacían a las instituciones públicas del valor social de la solidaridad, lo que genera la ruptura de vínculos sociales pues las instituciones públicas deberían ser espacios de cobijo para todos. Su pérdida resulta irreparable y sume a los ciudadanos más desasistidos y sometidos en la soledad, sin otro recurso que pedir el auxilio de la filantropía, el voluntariado, la caridad, o un apoyo psicológico proporcionado por los especialistas de la mente. El avance de los fundamentalismos en nuestro tiempo, el empuje de las religiones y la obsesión por la identidad personal y nacional, por ejemplo, constituyen la otra cara del proceso incansante de erosión de las protecciones sociales. En el nuevo clima frío de precarización del trabajo, miedo, y soledad, los poderes mediáticos nos amedrentan constantemente con amenazas difusas, hasta el punto de que hay incluso sociólogos universitarios que, guiados por este espejismo, nos aseguran que vivimos en “la sociedad del riesgo”. El imaginario del miedo a una catástrofe difusa juega hoy una función semejante a la que en su tiempo jugaron los crímenes *del destripador*: romper las redes de solidaridad apelando al “sálvese quien pueda”.



Cuando se cerraba el año 2017 tres informaciones extraídas de los medios de comunicación ponen bien de manifiesto algunos cambios que se han ido produciendo a la sombra de la crisis de la sociedad salarial:

1. El 55% de la población mundial vive actualmente sin protección social (jubilación, paro, asistencia sanitaria, etc.). Esta noticia, hecha pública por la Organización Mundial del Trabajo en noviembre del 2017, puede leerse en paralelo con el primer Informe sobre las desigualdades mundiales realizado por cien economistas de la World Wealth and Income Database, que fue presentado el jueves 14 de diciembre del 2017, en donde se muestra que en todas las partes del globo, entre 1980 y 2016, han crecido las desigualdades económicas, de modo que, en el periodo citado, el 1% de las personas más ricas del mundo ha acaparado el 27% del crecimiento de las rentas, mientras que el 50% más pobre ha tenido que conformarse tan solo con el 12%. Europa continúa siendo la región en la que menos crecieron las desigualdades porque cuenta aún con un sistema de redistribución y una fiscalidad más progresiva, así como con un sistema salarial más favorable a las clases populares y un sistema educativo más equitativo. En Europa también han crecido mucho las desigualdades sociales, pero se han visto amortiguadas por el Estado social (cf. CHARREL, DE VERGÈS y ESCANDE, 2017).
2. Según el Ministerio de Empleo en el año 2017 se formalizaron en España 21,5 millones de contratos de trabajo, una cifra histórica. Sin embargo 19,6 millones de esos contratos fueron contratos temporales, es decir, nueve de cada diez de los nuevos empleos son empleos precarios. El paro registrado baja en 290.000 personas, hasta los 3,4 millones de trabajadores, el nivel más bajo en los últimos ocho años. La afiliación a la Seguridad Social, que cuenta con 18,46 millones de afiliados, subió en 611.146 cotizantes, la cifra más alta desde 2005. Y sin embargo los beneficios empresariales crecen a la vez que se deterioran los salarios de los trabajadores y aumenta la inestabilidad laboral (cf. GÓMEZ, 2018).
3. En la actualidad en la Bolsa de Wall Street los Estados Unidos cuentan con treinta y una empresas entre las cincuenta compañías más ricas del mundo. Concretamente son norteamericanas las siguientes cinco primeras empresas con mayor capitalización: Apple (cuya capitalización bursátil alcanza los 717.065 millones de euros), Google (607.502 millones de euros), Microsoft (549.702 millones de euros), Amazon (469.425 millones de euros) y Facebook (428.983 millones de euros). Estas cinco empresas se crearon entre 1975 y 2004, es decir, son empresas que se desarrollaron, hasta convertirse en gigantes, en el marco de la



globalización neoliberal. Tras las nuevas tecnologías el segundo sector con más poder económico es el poder financiero. En tercer lugar figuran las empresas de telecomunicaciones. Las grandes industrias de chimenea se han volatilizado. Las empresas vinculadas al “oro negro” del petróleo y a las materias primas, que ocuparon posiciones elevadas en los años setenta, quedan ahora relegadas en el *ranking* de la economía mundial (cf. DELGADO, 2017).

Las tres noticias son representativas de nuestro mundo, reflejan la desigual distribución de la riqueza, la precarización laboral, el paso del capitalismo industrial al capitalismo financiero globalizado, marcado profundamente por el auge de las nuevas tecnologías y el afán depredador del nuevo capitalismo. Nos encontramos con el paso de sociedades industriales articuladas en torno al Estado-nación a una mundialización de los mercados que limita la acción de los Estados, desestabiliza la integración por el trabajo, y genera mayores desigualdades sociales. Las diferencias sin embargo entre unos países y otros son enormes y los economistas de las desigualdades prueban que en los países pequeños los poderes oligárquicos suelen ser mayores que en los grandes. En todo caso en los países occidentales hemos pasado, durante los últimos cuarenta años, de una sociedad vertebrada por el Estado social a una sociedad globalizada. Estos cambios afectan evidentemente al estatuto del trabajo asalariado, y por tanto también al estatuto del trabajo social que se desarrolló a la sombra del Estado social. La crisis afecta también directamente al compromiso socialdemócrata. El economista norteamericano Branko Milanovic plantea recientemente una pregunta clave: “¿Pueden permanecer estables y democráticas sociedades en las que cohabitan gentes con rentas y niveles de consumo extremadamente diferentes?” (MILANOVIC, 2017: 5). La seguridad social, las protecciones sociales surgidas contra los cinco gigantes para cubrir los riesgos de los trabajadores sobreviven con dificultades en los países occidentales, pero la crisis de la sociedad salarial, en la que están vinculadas las protecciones al trabajo, genera nuevos problemas de integración y, por tanto, nuevos retos para el trabajo social, un escenario nuevo que exige nuevas formas de pensar y nuevas prácticas, sin renunciar a los viejos derechos conquistados.

### ¿Qué hacer?

La crisis del trabajo asalariado provocada por el auge de las nuevas tecnologías, las políticas neoliberales y la globalización de los mercados han fragilizado el Estado social y a la vez las políticas socialdemócratas que vinculan el crecimiento económico con las protecciones sociales. Todos estos cambios obligaron a los Estados a introducir nuevos dispositivos es-

tratégicos en el territorio, y a recurrir a nuevos agentes, entre ellos a las ONGs, que desestabilizaron también al tradicional trabajo social profesional. Un país como Francia, que sigue siendo uno de los Estados más igualitarios del mundo, ha visto cómo entre 1983 y 2014 el 1% de la población más rica ha incrementado en un 98% sus ingresos frente a un crecimiento del 31% de los ingresos del resto de la población. El peso de la presión fiscal es cada vez menor en la reducción de las desigualdades y, en contrapartida, con más frecuencia los ciudadanos se ven cogidos en tenaza entre economías fraudulentas y políticos corruptos. Las desigualdades sin embargo no se miden tan sólo en términos monetarios, sino también en términos de condiciones de vida, equipamientos en los barrios, desigualdades entre las regiones, desigualdad de oportunidades en función del género, la edad, el lugar de nacimiento. Las deslocalizaciones de empresas, el lavado de dinero negro, los paraísos fiscales, el recurso a la ingeniería financiera, los negocios sucios y las mafias están a la orden del día, y a medida que se debilita la cohesión social aumenta un proceso egoísta de individualización que mina la moral social, la moral de la ciudadanía.

El retorno de la cuestión social, que Keynes consideraba ya en los años treinta del siglo XX casi una cuestión resuelta para sus nietos, nos obliga a reforzar los lazos de solidaridad para profundizar en la democracia social. En América y en buena parte de Europa la erosión del patrimonio público en aras de la centralidad de los mercados globalizados ha dado alas a demagogos nacionalistas y xenófobos. Estamos obligados a inventar un modo de vivir juntos en sociedades globalizadas para construir sociedades de semejantes, sociedades justas, democráticas, en las que es preciso introducir nuevas formas de solidaridad. Nuestros problemas más acuciantes son reales, objetivables, podemos y debemos solucionarlos si los abordamos con determinación.

En términos generales se puede decir que hemos avanzado en los diagnósticos de la crisis, y también en las propuestas de salida, que pasan por disciplinar a los mercados e impulsar a escala global la ciudadanía social. Desde planteamientos sociológicos, y en el marco de la sociología crítica francesa, Robert Castel analizó socio-históricamente cómo se produjo la formación y la crisis de la sociedad salarial y, frente a las retóricas de la "exclusión social", que tanto prodigan las agencias confesionales de caridad, puso de manifiesto que los procesos de desafiliación de "los perdedores" de la globalización hunden sus raíces en la desestabilización del trabajo estable protegido por derechos. Lejos de defender la renta básica universal, que reduce exclusivamente la cuestión social a una cuestión de ingresos monetarios, y deja al margen el trabajo, planteó que las alternativas pasan por potenciar la formación laboral, repartir el trabajo y vincular derechos efectivos al empleo

**La crisis del trabajo asalariado provocada por el auge de las nuevas tecnologías, las políticas neoliberales y la globalización de los mercados han fragilizado el Estado social y la vez a las políticas socialdemócratas que vinculan el crecimiento económico con las protecciones sociales**

**El proyecto de una Europa solidaria, abierta al mundo, sin fronteras dispuesta a “salvaguardar por medio de la acción colectiva y organizada las solidaridades amenazadas por las fuerzas económicas”, requiere dotarnos de instituciones democráticas supranacionales para construir un Estado federal**

(CASTEL, 1997, 2009). Jacques Donzelot, a su vez, puso de manifiesto cómo “la cuestión urbana es inseparable de la cuestión social” y cómo la globalización económica obliga a pasar de “lo social por compensación” a un “social de inversión o competición” que implica actualizar la formación laboral y movilizar los recursos con los que cuenta la sociedad para estrechar los vínculos de solidaridad (TABARES, 2017; RENDUELES y GARCÍA, 2017). Sus propuestas no están muy alejadas de las de Pierre Rosanvallon, que planteó la necesidad de repensar hoy el Estado social para pasar de un “Estado pasivo de bienestar” a un Estado “activo”, a una nueva forma de pensar lo social arraigada en “una nueva cultura política” (ROSANVALLON, 1995). También Pierre Bourdieu, en los últimos años de su vida, hizo llamamientos, en nombre del universalismo, el igualitarismo y el internacionalismo, al “empoderamiento” de los colectivos progresistas por una Europa social. El proyecto, compartido por millones de ciudadanos, de una Europa solidaria, abierta al mundo, una Europa sin fronteras dispuesta a “salvaguardar por medio de la acción colectiva y organizada las solidaridades amenazadas por las fuerzas económicas”, requiere dotarnos de instituciones democráticas supranacionales para construir un Estado federal (BOURDIEU, 2001). La nueva realidad de los Estados Unidos de Europa, a incluir en la agenda de los partidos políticos y los movimientos ciudadanos, implica a la vez una Europa política, económica, social y ecológica, en la que se debe combinar la acción local de los ayuntamientos con las cooperativas, los experimentos sociales, los centros vecinales, la defensa de la diversidad cultural y la conservación del patrimonio de la humanidad. No necesitamos una Europa fortaleza encastillada en el proteccionismo. La Europa social a construir debe servirnos para caminar hacia un mundo global que cuente con organismos internacionales de cooperación, así como de regulación y control de los circuitos financieros. Debemos avanzar hacia un proyecto redistributivo y participativo que promueva “la protección social universal, el derecho al trabajo, el reconocimiento sindical y la negociación colectiva”. Necesitamos un nuevo New Deal para Europa construido en torno a un ideal de justicia universal, así como planes y programas de cooperación internacional para repensar, planificar y avanzar hacia un mundo más justo (AGLIETTA y BRAND, 2013).

## Bibliografía

- ADDAMS, Jane. *Twenty Years at Hull-House with autobiographical notes*. Nueva York: Penguin Books, 1998. ISBN: 0 14 11.8099 4.
- AGLIETTA, Michel; BRAND, Thomas. *Un New Deal pour l'Europe*. París: Odile Jacob, 2013. ISBN: 978-2-7381-2902-4.
- ÁLVAREZ-URÍA RICO, Fernando; PARRA CONTRERAS, Pilar (2014). The Bitter Cry: materiales para una genealogía de la identidad profesional de las pioneras del Trabajo Social en Inglaterra y los Estados Unidos. *Cuadernos de Trabajo Social*, vol. 27, núm. 1, p. 93-102. ISSN: 0214-0314.
- ÁLVAREZ-URÍA, Fernando. Retórica neoliberal. La gran ofensiva de los científicos sociales contra la políticas sociales en EE. UU. *Claves de la razón práctica*, 1998, núm. 80, p. 20-28. ISSN: 1130-3689.
- ÁLVAREZ-URÍA, Fernando. Sociología y libertad. El debate entre Friedrich Hayek y Karl Mannheim sobre el estatuto del mercado en la sociedad. *Arxius de Ciències Socials*, 2005, núm. 12-13, p. 13-40. ISSN: 1137-7038.
- ÁLVAREZ-URÍA, Fernando. Mujeres y política. Las políticas de las mujeres en la España de la Segunda República y la guerra civil. *Papers. Revista de sociología*, 2013, vol. 98, núm. 4, p. 629-646. ISSN: 0210-2862.
- BEVERIDGE, William. *Seguro social y servicios afines. Informe de Lord Beveridge*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1989. ISBN: 84-7434-542-1.
- BOURDIEU, Pierre. *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus, 1988. ISBN: 84-306-0236-4.
- BOURDIEU, Pierre. *Contrafuegos 2. Por un movimiento social europeo*. Barcelona: Anagrama, 2001. ISBN: 84-339-6164-0.
- CASTEL, Robert. *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós, 1997. ISBN: 950-12-5457-7.
- CASTEL, Robert. *La montée des incertitudes. Travail, protections, statut de l'individu*. París: Seuil, 2009. ISBN: 978-2-02-051042-4.
- CHARREL, Marie; DE VERGÈS, Marie; ESCANDE, Philippe. Les inégalités explosent, l'instabilité politique menace. *Le Monde, Cahier d'économie*, 15-XII-2017, p. 2-39.
- DE SWAAN, Abram. *A cargo del Estado*. Barcelona: Pomares Corredor, 1992. ISBN: 84-87682-06-5.
- DEEGAN, Mary Jo. *Jane Addams and the Men of the Chicago School, 1892-1918*. New Brunswick: Transaction Books, 1990. ISBN: 0-88738-077-8.
- DELGADO, Cristina. La euforia en Wall Street agiganta el poder de las tecnologías en Bolsa, *El País*, 31-XII-2017, p. 39.
- ELIAS, Norbert. *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: FCE, 1987. ISBN: 84-375-0271-3.
- ELIAS, Norbert. *La sociedad de los individuos. Ensayos*. Barcelona: Península, 1990. ISBN: 84-297-3158-X.
- FOUCAULT, Michel. *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta, 1991. ISBN: 84-7731-102-1.
- GOMEZ, Manuel V. La creación de empleo registra su mejor dato. *El País*, 4-I-2018, p. 38-39.
- KEYNES, John Maynard. Posible situación económica de nuestros nietos. *Residencia. Revista de la Residencia de Estudiantes*, 1932, núm. 1, p. 15-17. ISBN: 978-84-937474-4-2.
- KEYNES, John Maynard. *Política y futuro. Ensayos escogidos*. Barcelona: Página Indómita, 2015. ISBN: 978-84-943664-2-0.
- MANNHEIM, Karl. *Ensayos sobre sociología y psicología social*. México: FCE, 1963. ISBN: X-53-002690-1.
- MEACHAN, Standish. *Toynbee Hall and Social Reform 1880-1914. The Search for Community*. New Haven: Yale University Press, 1987. ISBN-10: 0300038216.

### Bibliografía

- MILANOVIC, Branko. Un risque de désarticulation sociale. *Le Monde*, 15-XII-2017, p. 5.
- MUNCY, Robyn. *Creating a Female Dominion in American Reform. 1890-1935*. Oxford: Oxford University Press, 1994. ISBN: 9780195089240.
- PERKINS, Frances. *The Roosevelt I Knew*. Nueva York: Visiting Press, 1946. ISBN-10: 0670607371.
- POLANYI, Karl. *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*. Barcelona: Virus, 2016. ISBN: 978-84-92559-67-1.
- RENDUELES MENÉNDEZ DEL LLANO, Cesar; GARCÍA GARCÍA, Sergio. De la invención de lo social a la ciudad asediada. Entrevista a Jacques Donzelot. *Cuadernos de Trabajo Social*, 2017, vols. 30, núm. 2, p. 273-284. ISSN: 0214-0314.
- RENSCHAW, Patrick. *Franklin D. Roosevelt*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2008. ISBN: 978-84-9742-580-3.
- ROSANVALLON, Pierre. *La nouvelle question sociale, Repenser l'État-providence*. París: Seuil, 1995. ISBN: 2-02-022030-X.
- SCOTT, John (ed.). *50 sociólogos esenciales. Los teóricos formativos*. Madrid: Cátedra, 2013. ISBN: 978-84-376-3195-0.
- TABARES, Juan. Por una sociología urbana. Entrevista a Jacques Donzelot. *El Viejo Topo*, 2017, núm. 351, p. 36-43. ISSN: 0210-2706.
- VIDAL-BENEYTO, José. *Por una Europa política, social y ecológica*. Madrid: Foca, 2005. ISBN: 10: 84-95440-77-6.
- WALKOWITZ, Judith R. *La ciudad de las pasiones terribles. Narraciones sobre peligro sexual en el Londres victoriano*. Madrid: Ed. Cátedra, 1995. ISBN: 978-84-376-1335-2.
- WAPSHOTT, Nicholas. *Keynes vs Hayek. El choque que definió la economía moderna*. Barcelona: Ed. Deusto, 2013. ISBN: 978-84-234-1400-0.
- WATKINS, Micky. *Henrietta Burnett in Whitechapel. Her First Fifty Years*. Londres: Hampstead Garden Suburb Archive, 2005. ISBN: 10: 095497980X.
- WEBB, Sidney; WEBB, Betrice. *La democracia industrial*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2004. ISBN: 84-9742-270-8.